

*P*ara quienes se asoman hoy a las aulas en muchas de ellas, puede resultar difícil imaginar el camino que tuvieron que recorrer las primeras jóvenes que decidieron seguir sus estudios más allá de la escuela primaria; puede costar creer las circunstancias que tuvieron que afrontar como pioneras, en una decisión que rompía los marcos de referencia ofrecidos hasta ese momento y no traspasados por ninguna mujer. Unos pasos que, sin embargo, se convirtieron en imprescindibles para hacer posible que en la actualidad nos encontremos en la situación que tenemos ante nuestra mirada.



MUJERES EN LA UNIVERSIDAD, UN CAMINO ABIERTO

Consuelo FLECHA GARCÍA
Universidad de Sevilla

En el origen de esta realidad que, afortunadamente, nos hemos acostumbrado a ver como natural, hubo unas jóvenes concretas que estamos empezando a conocer con nombre propio —haciendo visible lo que la historia nos había ocultado—, las cuales, una a una primero y apoyándose entre sí después, trenzaron una genealogía que contribuyó a que terminaran reconociéndose sus deseos y aspiraciones, innegablemente legítimos.

Mujeres que supieron ganar para sí mismas, y para quienes un siglo más tarde lo ocupan ya por derecho propio, el espacio de libertad, de palabra y de autonomía que suponía realizar unos estudios que, por la finalidad que encerraban y por la relevancia a que conducían, tan lejanas de las funciones y de las

expectativas pensadas para la condición femenina, les habían estado secularmente vedados, ya que se les presentaba la cultura doméstica como el único eje de lo que tenía que ser su formación escolar.

Pero en las tres últimas décadas del siglo XIX un buen grupo de mujeres, no sólo en Es-

paña sino en muchos otros países, se propusieron adquirir una educación superior que las prepara para el ejercicio de alguna profesión retribuida fuera del ámbito doméstico. Unas jóvenes de clase media que deseaban una instrucción mejor y unas salidas profesionales más amplias con las que ganar un margen de autonomía personal, para lo cual empezaron a matricularse en un u otra carrera universitaria.

Su entrada en la Universidad se produjo muy

poco a poco y sólo como fruto de la implicación de unas cuantas estudiantes que presionaron el entorno que les era hostil, hasta alcanzar el objetivo que se habían propuesto de cursar una carrera superior, amparadas en que no existía una normativa legal que impidiera el que una mujer pudiera matricularse en la Universidad.

IMPENSABLE EN ESPAÑA

El que, concretamente en España, no se contara con ninguna limitación explícita para el acceso de las mujeres a los estudios superiores se debió, sin duda, a que estaba muy lejos de la mente del legislador la posibilidad de que alguna joven pudiera desear el acceso a unos niveles de enseñanza que carecían de cualquier utilidad dentro del proyecto vital femenino que se les había asignado. Es decir, que podemos afirmar que el que fuera impensable el hecho de que esa voluntad pudiera darse, es lo que precisamente permitió que algunas pudieran convertirlo en una realidad.

La formalización inesperada de las primeras matrículas en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona en 1872, se adelantó incluso al planteamiento teórico sobre su posibilidad o su conveniencia y, por lo tanto, a la aprobación de una normativa que, sin

duda, si tenemos en cuenta las opiniones de la época sobre la educación



María Elena Maseras, primera mujer que se matriculó en una Facultad española.

de mujeres, lo hubiera impedido. Algo que tristemente terminó sucediendo pues, cuando ya las primeras alumnas habían finalizado los estudios para la obtención de la licenciatura y la noticia trascendió a las autoridades superiores, se encontraron razones para justificar una prohibición que se mantendría durante varios años, con el objeti-

Las primeras universitarias se encaminaron a modificar la condición social recibida

vo de impedir que otras los comenzaran; quizás en un intento no verbalizado de que, siendo numerosas y con mayor preparación, no llevara a que adquirieran una autoridad para hablar fuera de lo que pertenecía al ámbito doméstico, y a que pudieran hacerlo, además, en plural.

LAS PRIMERAS

Elena Maseras fue la primera de un grupo de jóvenes que rompiendo lo que se había entendido hasta entonces como una incuestionable convicción social mayoritaria respecto de la naturaleza y de las funciones que correspondían al sexo femenino, llegaron a acceder a los estudios secundarios primero, y a los universitarios a continuación, a pesar de que su presencia en ellos después de una ausencia multiseccular —había sido un proyecto imposible para cualquier mujer desde la creación de las Universidades en la Baja Edad Media—, viniera acompañada de sentimientos y de actitudes contrapuestas por parte de quienes lo presenciaban. Los testimonios que nos han llegado de sus coetáneos reflejan, según los casos, sorpresa o admiración, rechazo o apoyo, incompreensión o desconcierto, en una demostración de que el asunto no dejó de provocar viva polémica.

Junto a ella, otras como Dolores Aléu, Concepción Aleixandre o Manuela Solís —que también estudiaron Medicina—; como Ángela Carraffa, Matilde Padrós o María Goyri —que hicieron Filosofía y Letras—; como Gertrudis Martínez o Elvira Moragas —que terminaron Farmacia—, y como muchas más que revelaron su capacidad para tomar unas decisiones muy en solitario, porque para llegar a ellas no pudieron contar con los modelos femeninos que directamente les sirvieran de referencia. Unas decisio-



Ángela Carraffa de Nava se convirtió en la primera doctora en Filosofía y Letras.

nes asumidas desde ellas mismas, que les permitieron unos comportamientos no trillados, espontáneos, fuera de su tiempo, con los que intentaban diseñar otras

formas de ser y de estar en la sociedad como mujeres.

MAS ALLA DE LO DOMESTICO

Podemos afirmar que se implicaron con acciones concretas en un discurso acerca de sí mismas encaminado a modificar la condición social recibida; que entablaron relaciones nuevas con una realidad en la que sólo se concedía presencia pública a la experiencia de los hombres y que, dentro de ella, quisieron contribuir a que se dejara de pensar que la ciencia había de seguir siendo sólo masculina.

Sin demostrar miedo a sentirse trasgresoras, y aunque no todas fueran conscientes de ello, buscaron un reconocimiento de sus posibilidades en lo que, indudablemente, suponían de aportación no sólo para ellas mismas y para el mundo que tenían asignado, sino también para el conjunto de la sociedad. Reclamaron una presencia social desde la convicción de que el propio saber adquirido debía servirles para legitimar, como en el caso de los hombres, su inclusión en espacios más allá de lo doméstico.

Estos modos de estar nos permiten entender mejor cómo fueron generándose las nuevas dinámicas que han hecho posible hoy la presencia habitual y hasta mayori-

taria de las mujeres en los ámbitos universitarios.

Porque ellas, con ideas y con planteamientos propios respecto de

primer lugar, que las mujeres entraran y permanecieran en la Universidad casi en régimen de excepción y de una forma muy desigual, por las



Concepción Aleixandre Ballester,
doctora en Medicina.

sus vidas, evitando la tendencia a aceptar todo lo que les venía dado, resistiendo en determinados momentos, y dando utilidad a cada una de estas convicciones, empujaron esta pequeña, pero gran historia, que va emergiendo a medida que reconstruimos nuevos elementos de nuestro pasado.

Aquellos pasos incipientes permitieron, en

Reclamaron
su inclusión
en espacios
más allá de lo
doméstico

condiciones en que se produjo; más adelante, hacerlo desde el derecho reconocido de que ese espacio también les pertenecía, aunque las consecuencias fueran más formales que reales, y por último, estando con la responsabilidad añadida de reflexionar sobre el modo de estar, sobre el cómo y para qué estar en ella.

LA CUESTION HOY

Por eso hoy vamos conociendo el movimiento que en todas las Universidades respalda y empuja hacia una transformación de los modos de actuar y de los conte-

nidos que se transmiten, que no han renunciado del todo a fundamentar y reproducir la subordinación de las mujeres; un movimiento que está alentando el desarrollo de conocimientos no sólo sobre las mujeres sino —de especial importancia—, desde las mujeres.

Las respuestas a las preguntas que hace un siglo se formulaba sobre, por ejemplo, ¿qué parte de la identidad construida podían perder estas jóvenes al entrar en colisión con las consecuencias de la propia dinámica expansiva a que una mejor educación había de llevarlas?, o sobre ¿qué imagen tenía la sociedad de aquellas mujeres que aspiraban o accedían a unos estudios que iban más allá del nivel primario?, hoy nos son sobradamente conocidas porque podemos verlo ya en un número incontable de mujeres.

La actitud hacia las que estudian y han estudiado carreras universitarias ha cambiado radicalmente en las últimas décadas, aunque ello no exime de seguir estando atentas y atentos ante la sofisticación de las nuevas vías, que no se han dejado de utilizar, para impedir diferentes formas de visibilidad femenina. ■

FE DE ERRATAS

En la página 18 de nuestro número anterior decía por error que la Madre Teresa de Calcuta había nacido en Yugoslavia, cuando es natural de Albania.